

Chercán de las vegas

Cistothorus platensis

Agustín Zarco

LABORATORIO DE BIOLOGÍA DE AVES
IADIZA - CCT-CONICET, MENDOZA

agustinzar@gmail.com

Paulo Llambías

LABORATORIO DE BIOLOGÍA DE AVES
IADIZA - CCT-CONICET, MENDOZA

pllambias@mendoza-conicet.gov.ar

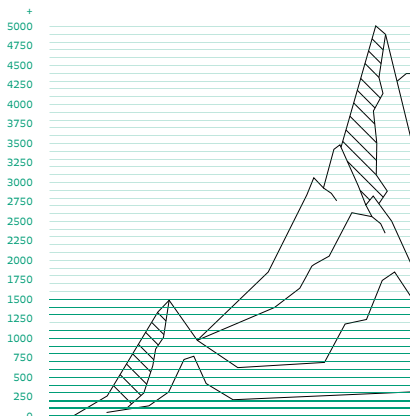
El Chercán de las vegas se distribuye en poblaciones disjuntas desde Canadá hasta Cabo de Hornos (Traylor 1988, Brewer 2001, Kroodsmá y Brewer 2005). Si bien es considerado como una única especie de amplia distribución (Remsen *et al.* 2016), se ha propuesto que el complejo podría estar conformado por varias especies distintas (Ridgely y Tudor 1989, Brewer 2001, Campagna *et al.* 2012, Robbins y Nyari 2014). En Chile, se ha descrito en la literatura desde el valle del río Huasco hasta el Cabo de Hornos (subespecie *hornensis*; Philippi 1945, Araya y Millie 1986); Jaramillo (2003) extiende esta distribución a Atacama, y en el mapa de este Atlas se confirman ambos límites de distribución, detallando que el límite norte es la desembocadura del río Copiapó. Por otra parte, la distribución altitudinal ha sido descrita en la literatura entre el nivel del mar y los 2.400 MSNM (Fjedså y Krabbe 1990), aunque en este Atlas se confirma que en Chile habita hasta los 1.800 MSNM.

Habita diversos tipos de pastizales, tanto anegados como secos, en costas marinas, ríos, valles, llanuras y laderas de montañas (Schramm *et al.* 1986, Brewer 2001). Se lo encuentra tanto en pastizales mono-específicos como en matrices conformadas por diversas especies vegetales, incluyendo arbustos (Schramm *et al.* 1986, Brewer 2001, Cozzani y Zalba 2009).

El Chercán de las vegas construye el nido entre el pasto y ocasionalmente en arbustos, desde el nivel del suelo hasta un metro de altura (Gelain y Diez-Peña 2005, Salvador y Salvador 2012, Salvador 2015, de la Peña 2016). Se han descrito tres tipos de estructuras de nidificación construidas principalmente con pastos secos (Burns 1982, Llambías *et al.* 2017). Los nidos tipo I son estructuras simples que conforman una plataforma o anillo. Los nidos tipo II y III son de forma esférica u ovoide, conformando un domo (alto = 13–15 cm, ancho = 9–11 cm, profundidad = 12–14 cm) con una abertura lateral en el tercio superior de aproximadamente 3 cm de diámetro (Baicich y Harrison 1997, de la Peña 2016). Solo los nidos tipo III son utilizados para la reproducción, conteniendo en su interior una copa de pastos finos y plumas (Burns 1982, Llambías *et al.* 2017).

En Argentina la puesta de huevos es de octubre a febrero (de la Peña 2016, Llambías *et al.* 2017), pero la fenología reproductiva en Chile podría ser más corta en poblaciones australes y a mayor altura sobre el nivel del mar. El tamaño de puesta es de 2–6 huevos, con un periodo de incubación de 14–18 días y la permanencia de los pichones en el nido es de 12–19 días (Salvador y Salvador 2012, de la Peña 2016, Llambías *et al.* 2017). En contraste, en América del Norte el tamaño de puesta es de 2–8 huevos, el periodo de incubación de 13–16 días y los pichones permanecen en el nido 11–16 días (Crawford 1977, Burns 1982, Herkert *et al.* 2001). Además, en las poblaciones de América del Norte aproximadamente el 20% de los machos se reproducen simultáneamente con más de una hembra («poliginia territorial»; Crawford 1977, Burns 1982), mientras que en América Central y del Sur son principalmente monógamos sociales (Kroodsmá *et al.* 1999, Llambías *et al.* 2017).

METROS SOBRE EL NIVEL DEL MAR

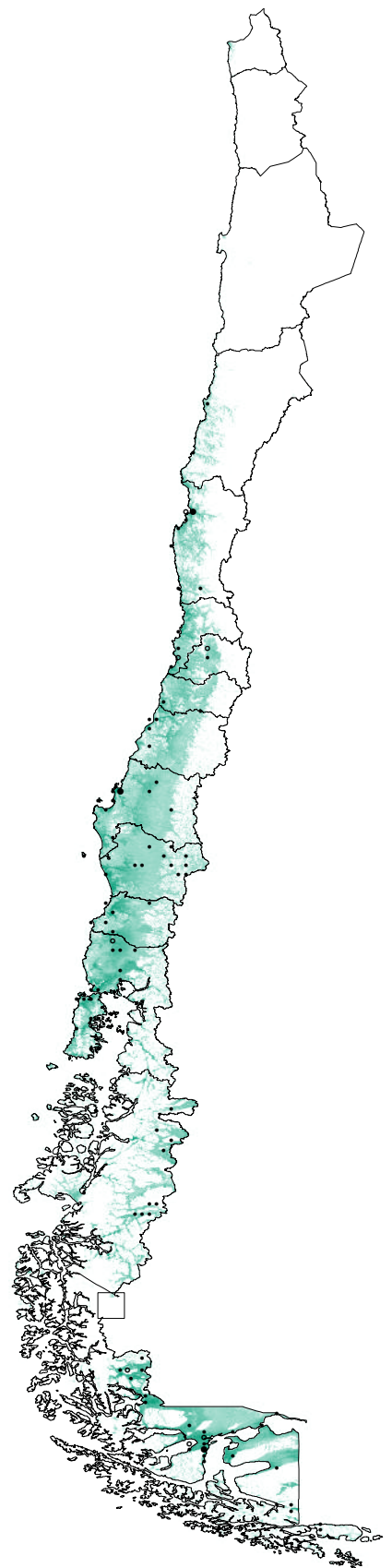


Únicamente los machos desarrollan un canto complejo, utilizado para la atracción de la pareja y para defensa territorial (Kroodsmá et al. 1999). Los repertorios están compuestos por alrededor de 200–300 cantos diferentes, y cada canto posee un número variable de sílabas (Kroodsmá et al. 1999). Ambos sexos colaboran en la construcción de los nidos (Herkert et al. 2001, Llambías et al. 2017). Solo la hembra desarrolla parche incubatriz e incuba huevos y pichones. En América del Norte los machos colaboran menos del 10% en la alimentación de los polluelos (Mousley 1934, Walkinshaw 1935, Burns 1982), mientras que en Argentina los machos y hembras los alimentan en proporciones similares (Llambías et al. 2017). Los polluelos abandonan el nido con un plumaje similar a los adultos y la edad reproductiva es alcanzada al cabo de un año desde su nacimiento (Llambías datos sin publicar).

El Chercán de las vegas puede criar al menos dos nidadas durante la misma temporada reproductiva (Burns 1982, Llambías et al. 2017). En Estados Unidos, aproximadamente el 70% de los nidos son exitosos (Crawford 1977, Burns 1982), mientras que en Argentina solo el 26% de los nidos produce volantones. Gran parte de los fracasos de las nidadas (el 71% en Estados Unidos y el 48% en Argentina) se deben a la predación (Burns 1982, Llambías et al. 2017). Por otra parte, el parasitismo por parte del Mirlo común (*Molothrus bonariensis*) es frecuente en Argentina (33%; Llambías et al. 2017), no habiendo registros de parasitismo de cría en América del Norte (Herkert et al. 2001).

Las poblaciones de América del Norte son migratorias (Bedell 1996, Hobson y Robbins 2009), mientras que en América Central y del Sur son consideradas residentes (Brewer 2001, Kroodsmá y Brewer 2005). Se ha sugerido que algunas poblaciones de la subespecie *hornesis* en Patagonia tendrían movimientos migratorios (Brewer 2001, Gelain y Díez-Peña 2006), aunque esto requiere confirmación.

La especie es considerada como de «PREOCUPACIÓN MENOR» a nivel global (BirdLife International 2018). Sin embargo, algunas poblaciones de Chercán de las vegas han desaparecido y otras se encuentran en peligro. Entre las causas de la declinación poblacional de esta especie se encuentra el reemplazo de pastizales naturales por cultivos (da Silva et al. 2015), la presión que ejerce el pastoreo (Lingle y Bedell 1989), los incendios en pastizales (Reynolds y Krausman 1998) y la introducción de especies invasoras que depredan sus nidadas (Tabak et al. 2014). 🌿



Silvina Ippi

CENTRO REGIONAL UNIVERSITARIO BARILOCHE (CRUB)
UNIVERSIDAD NACIONAL DEL COMAHUE-CONICET

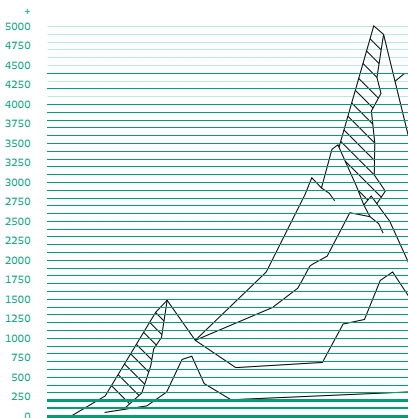
silvipipi@yahoo.com

El Chercán común se distribuye desde el sur de Canadá hasta el sur de Chile, siendo uno de los passeriformes nativos con mayor distribución latitudinal en el mundo (Johnson 1998). En Chile se reconocen tres subespecies: *tecellatus* en Arica y Tarapacá, *atacamensis* desde Antofagasta hasta el norte de Coquimbo, y *chilensis* desde Atacama hasta el extremo sur del país (Housse 1945, Goodall et al. 1957), existiendo eventual simpatria entre estas dos últimas subespecies, sin que sus límites se encuentren bien definidos. Estas tres subespecies pertenecen al grupo *musculus*, considerado por varios autores como especie válida (Brumfield y Capparella 1996, Kroodsmá y Brewer 2005, pero ver Remsen et al. 2016). El límite austral de su distribución se extiende hasta la Reserva de la Biosfera Cabo de Hornos (Reynolds 1935, Anderson y Rozzi 2000, Ippi et al. 2009), lo que se corrobora en el mapa de este Atlas. Housse (1945) señaló que nidifica desde el nivel del mar hasta los 1.500 MSNM, sin embargo Kroodsmá y Brewer (2005), lo señalaron como presente hasta los 4.000 MSNM. Durante la temporada Atlas, la mayor cantidad de registros se realizó bajo los 400 MSNM, pese a que se encontraron evidencias de reproducción hasta 2.700 MSNM en Tarapacá (R. Peredo en eBird 2013). Si bien se encuentra ausente de las partes más altas y más áridas del norte de Chile, la especie logra colonizar algunos oasis aislados, y es interesante ver en el mapa del Atlas como el río Loa le permite cruzar el desierto, conectando la precordillera con sectores de baja altura.

La especie habita una gran diversidad de ambientes tanto en el sur (Elgueta et al. 2006), como en Chile central (Estades 1997), y es frecuente en parques y jardines, siendo capaz de permanecer en grandes ciudades, como Santiago o Valparaíso (Díaz y Armesto 2003, Chávez Almonacid 2014, Celis-Diez et al. datos no publicados, Medrano et al. datos no publicados). En Chiloé, es abundante en los matorrales, aunque no se lo encuentra en el bosque valdiviano adyacente (Díaz et al. 2005). Sin embargo, sí habita bosques más abiertos con menor densidad de sotobosque, como es el caso del bosque costero subantártico en isla Navarino (Anderson y Rozzi 2000, Ippi et al. 2009), los bosques de Araucaria (*Araucaria araucana*) (Ibarra et al. 2010), o los bosques menos húmedos de la Patagonia argentina (Becerra Serial y Grigera 2005).

Aunque pequeño y discreto, tiene un canto potente que permite su detección fácilmente. Ambos sexos cantan, presentando ciertas diferencias acústicas (Skutch 1953, Johnson y Kermott 1990). La poliginia es relativamente frecuente en el hemisferio norte (Kroodsmá y Brewer 2005), pero es menos común en el hemisferio sur (Llambías 2012). Puede construir su nido en casi cualquier cavidad, describiéndose nidos en huecos de árboles, barrancos, aleros de casas, mangas de espantapájaros, indumentaria colgada, nidos de otras aves (e.g. *Veniliornis* sp, *Furnarius rufus* en Argentina) y hasta en cráneos de vacunos o equinos, además de otras estructuras asociadas con la presencia humana (Goodall et al. 1957, de la Peña 2016). No obstante, la estructura del nido suele ser constante: una base rústica y voluminosa de ramitas entrelazadas, sobre la cual se arma una copa de material más suave (gramíneas, pelos, plumas, etc.), donde se depositan los huevos. Esta construcción es bastante invariable a lo largo de su distribución americana. Su éxito reproductivo es variable. Por ejemplo, en una población de la provincia de Buenos Aires, Argentina, se encontró que la probabilidad de que un huevo abandone exitosamente el nido como juvenil fue del 66% en cajas anideras, pero sólo del 25% en cavidades naturales (Llambías y Fernández 2009).

METROS SOBRE EL NIVEL DEL MAR



La hembra puede llegar a incubar hasta tres posturas por año (Housse 1945, Goodall et al. 1957). Dada su amplia distribución latitudinal, existe una gran variación en las fechas de cada fase reproductiva. En Chiloé, la puesta puede ocurrir entre octubre-enero, la eclosión entre noviembre-enero, y el abandono del nido entre noviembre-enero (Ippi et al. 2012). En cambio, en Chile Central la puesta ocurrió entre principios de septiembre y mediados de diciembre; la eclosión comenzó a fines de septiembre y finalizó en diciembre (Medrano et al. *in litt.*). En general pone de 3 a 8 huevos (Housse 1945) de un color rosa con pintas marrones de distinta intensidad. El tamaño de la nidada presenta variaciones según la región y la latitud. Por ejemplo, en Chiloé pone de 2 a 5 huevos, con un promedio de 4,3 huevos, mientras que en un área suburbana de Santiago, el promedio fue de 5,32 huevos durante la temporada 2008 (N=23 nidos) y de 4,46 huevos durante la temporada siguiente (N = 51 nidos; Medrano et al. *in litt.*). El tamaño promedio de puesta aumenta a medida que aumenta la latitud (Young 1994). El tamaño de los huevos varía entre 15,0-18,0 mm de largo y 12,0-13,2 mm de ancho (Housse 1945, Ippi et al. 2012). En Chiloé, el periodo de incubación varía entre 14 y 19 días (Ippi et al. 2012), aunque podría ser tan breve como 12 días (Housse 1945). El periodo de polluelos en el nido es de $16,0 \pm 1,0$ día (Ippi et al. 2012). En las poblaciones argentinas se ha registrado que puede ser parasitado por el Mirlo común (*Molothrus bonariensis*) (de la Peña 2016).

Se alimenta principalmente de insectos (Sabag 1993, Kroodsmas y Brewer 2005, Muñoz et al. 2017), los que busca entre el follaje de árboles y arbustos y con los cuales alimenta también a sus polluelos. Si bien ambos padres cumplen este rol, sólo la hembra incuba. No se conocen detalles de la vida de los polluelos luego de abandonar el nido, aunque son alimentados por los padres por un breve tiempo hasta alcanzar la independencia.

El Chercán común es considerado una especie residente (Barros 1920, 1948, Povedano y Bisheimer 2016). No obstante, cierta evidencia sugiere movimientos migratorios parciales en la especie. Por ejemplo, durante un año de censos en el norte de la Isla Navarino (55°S) no se registraron chercanes en el invierno (Ippi et al. 2009). Además, durante dos años de censos consecutivos en el norte de la isla de Chiloé no se censaron ni capturaron chercanes durante los inviernos de cuatro años, entre los meses de abril y septiembre (Ippi et al., *in litt.*). Adicionalmente, no hubo registros invernales en los bosques de Araucaria (Ibarra et al. 2010), ni en los bosques de Bariloche (Patagonia Argentina; Becerra Serial y Grigera 2005). Por el contrario, sí se registraron chercanes durante todo el año en las Torres del Paine (Kroodsmas y Brewer 2005). Finalmente, durante la temporada Atlas, los avistamientos más tempranos en Patagonia se produjeron en agosto. En América del Norte, las subespecies que habitan en altas latitudes son migratorias, mientras que las subespecies que habitan el trópico son residentes (Arguedas y Parker 2000), por lo tanto, es posible que al menos parte de las poblaciones australes realicen movimientos migratorios.

Esta especie no tiene problemas de conservación y se encuentra en la categoría «PREOCUPACIÓN MENOR» (BirdLife Internacional 2018). Sin embargo, varias subespecies, como las presentes en el norte de Chile, tienen un rango limitado y sería interesante conocer el estado de conservación al nivel sub-específico. Esto, pues al menos durante la primavera y el verano, es una de las especies más abundante en toda su área de distribución (Díaz et al. 2002, Díaz et al. 2005, Ippi et al. 2009).

